

AMLO, ¿UN REPUBLICANISMO PLEBEYO? *

AMLO: A Plebeian Republicanism?

Israel Covarrubias

<https://orcid.org/0000-0001-6264-0204>

israel.covarrubias@uaq.mx

RESUMEN

El debate sobre el populismo en México ha regresado al primer plano de la discusión académica y pública, causado por la llegada en 2018 a la presidencia de la república de Andrés Manuel López Obrador y la plataforma populista que ha utilizado como estrategia política. En este sentido, el artículo problematiza cuatro dimensiones que están presentes en el estilo particular de gobernar de López Obrador. Primero, el uso de un discurso que produce una ficción identitaria entre partidarios y enemigos, y que se extiende a la dualidad constitutiva y contradictoria entre una visión pragmática y una visión normativa de la política. Segundo, el rol que juega la lealtad dentro de su círculo político que ha trabajado con él desde los tiempos de la jefatura de la Ciudad de México. Tercero, la dignificación de las clases sin poder, que ha representado en hiato más relevante en la administración obradorista. Cuarto, la creación de significantes vacíos como el del “neoliberalismo” que se vuelve un poderoso catalizador ideológico del desacuerdo dentro de la democracia en México.

Palabras-clave: Andrés Manuel López Obrador, AMLO, populismo, democracia, neoliberalismo, republicanismo

ABSTRACT

The debate on populism in Mexico has returned to the forefront of academic and public discussion, caused by the arrival in 2018 to the presidency of the republic of Andrés Manuel López Obrador and the

* El presente texto es una versión editada del capítulo 5 de mi libro *La fascinación del populismo. razones y sinrazones de una forma política actual* (Debate-UAQ, 2023).

populist platform he has used as a political strategy. In this sense, the article problematizes four dimensions that are present in López Obrador's particular style of governing. First, the use of a discourse that produces an identity fiction between friends and enemies, and that extends to the constitutive and contradictory duality between a pragmatic and a normative vision of politics. Second, the role played by loyalty within his political circle that has worked with him since his time as head of Mexico City. Third, the dignification of the powerless classes, which has represented the most relevant hiatus in the Obrador administration. Fourth, the creation of empty signifiers such as "neoliberalism", which has become a powerful ideological catalyst of disagreement within Mexico's democracy.

Key-words: Andrés Manuel López Obrador, AMLO, populism, democracy, neoliberalism, republicanism.

INTRODUCCIÓN

En este artículo discutiré algunos de los rasgos principales que han caracterizado el discurso de Andrés Manuel López Obrador (AMLO). En específico, me interesa debatir las bases simbólicas que soportan su figura en la política nacional mexicana, donde el liderazgo de tipo carismático que ha instituido es uno de sus atributos centrales, aunque ese viejo tipo ideal hoy se revela como una condición insuficiente para comprender la atracción que produce la "simpleza" de su estilo en diversos sectores sociales, dentro y fuera del país, antes y durante su administración.

El populismo es un fenómeno que está asociado estrechamente con la historia política mexicana a lo largo del siglo XX. En particular, está identificado como un elemento inherente a la evolución del régimen político que surge después de la Revolución mexicana. Para Arnaldo Córdova (1937-2014), un pensador cercano a AMLO y que hoy se extraña su rigurosidad intelectual frente a la precaria masa crítica con la que cuenta el presidente a su lado, lo que inaugura la Revolución es "un estilo de

hacer política entre las masas”, que después es central en la composición del régimen político posrevolucionario, cuando esas “masas populares movilizadas” responden a los revolucionarios que se encumbraron luego de la muerte de Madero, y terminan dependiendo directamente de lo que aquellos hagan a su favor. De aquí, la idea de que la Revolución sea definida “como una revolución populista y al régimen político de ella surgido como un *régimen populista*” (Córdova, 2003, pp. 23-29, 33). Más adelante, el autor sostiene: “en lugar de una típica revolución política, lo que hubo fue una revolución en la que, al mismo tiempo que se mantuvieron los objetivos de la revolución política, la manipulación de las masas fue empleada en función contrarrevolucionaria, para aniquilar los movimientos independientes de las propias masas y para establecer un régimen autoritario [...]” (Córdova, 2003, p. 33).¹

Revisitar esta tesis clásica sobre el populismo en México es interesante para la comprensión del papel que ha jugado el fenómeno en el sistema político en nuestros días. No solo en sus diversas etapas de su evolución, sino también como una herencia política que determina el estilo de hacer política en el contexto de la democracia mexicana.

Esto nos lleva a tomar en consideración dos cuestiones relevantes. La primera, es observar el papel que juegan las herencias políticas importadas del régimen político precedente, sea este último una forma democrática o no, ya que las herencias juegan un papel determinante —es una forma específica que adopta de *path dependence*— en la configuración de los “estilos” que la política pone en marcha en la realidad democrática de las dos últimas décadas, donde el populismo pretende incidir de manera profunda. El segundo, el populismo es una variable que permite realizar una evaluación de la calidad de la política, incluido el liderazgo de los políticos, igualmente en contextos democráticos o autoritarios. En particular, califica el “arte de lo político” en contextos caracterizados por la intensificación de la lucha entre diferencias, pues el fenómeno está acompañado por la pretensión que parte de la idea del extenuante trabajo de innovación en la política. En ocasiones, eso es

1 También véase Leal (1990, p. 22).

traducido en la proposición de “cambiar todo, aunque sea costoso”, lo que termina conectado con la expansión social de la vida pública inherente a la dinámica interna de las democracias contemporáneas. Por su parte, ello permite el nacimiento de nuevos valores y exigencias, pero también de nuevos jefes políticos, liderazgos y situaciones que pueden ir en una dirección contraria a la democracia. Los dos momentos están mezclados, por lo que en ocasiones es difícil identificar qué pertenece al populismo y qué a la dinamización democrática en el flujo dinámico que desarrollan.

UNA CONTINUIDAD INTERRUMPIDA

En el interior del régimen político mexicano, el populismo se presenta como un “sistema permanente” de cohesión social, económica y cultural, que funciona con una fuerte carga autoritaria a partir de múltiples mecanismos integradores que despliega particularmente el Poder Ejecutivo Federal a través de las agencias estatales que tiene a su disposición. En este sentido, el populismo exalta la personalidad autoritaria que subsume a los partidos políticos en una dinámica de aceleración y ralentización simultáneas. Sin embargo, existe una escansión en los grados de variabilidad de estos mecanismos cuando observamos el fenómeno en un contexto abiertamente autoritario, como pasa con la longeva persistencia del Partido Revolucionario Institucional (PRI) durante su principado de alrededor de setenta años, a cuando aquellos son puestos en acto en un campo de profundización democrática, como lo son las dos últimas décadas en México.

Por ello, la continuidad política tendría que ser pensada desde su forma discontinua, ya que no hay continuidad sin pérdidas, y la herencia que subyace, es un campo de batalla que no está soportada por un testamento. Esto obliga a preguntarnos qué comparten los diversos gobiernos populistas a lo largo de la historia contemporánea mexicana, pues no es sencillo relacionar lo que se vivió en el periodo del general Lázaro Cárdenas en la segunda mitad de los años treinta del siglo pasado, con el fenómeno de integración territorial de las masas a la política

por medio del corporativismo, con el desempeño de las administraciones de Luis Echeverría Álvarez y José López Portillo, caracterizados por un constante “intervencionismo estatal en la economía”, así como por el gigantismo burocrático y el número creciente de “empresas públicas” que terminaron por obstaculizar el crecimiento de la economía a lo largo de los años setenta (Leal, 1990, pp. 22-23), pero también con lo que propuso el experimento de modernización populista de Carlos Salinas de Gortari a finales de los ochenta y los primeros años noventa, quien, por cierto, paradójicamente no está alejado de las estrategias de la política que propone AMLO. Si hay un lazo fuerte de continuidad no discontinua, es sobre esta última dirección.

Para comenzar, AMLO es un género narrativo, tanto periodístico como académico. El número de obras dedicadas a él obliga a preguntarnos qué es lo que representa para el conjunto de comunicadores, politólogos, sociológicos e intelectuales, que se han interesado en su persona. Más aún, la cuestión es saber qué ven a través de él, tanto los apologetas como los críticos, sobre el régimen político mexicano, la cultura que lo alimenta y las prácticas que lo reproducen. De hecho, este conjunto de obras, que siguen nutriendo el mercado editorial, debería permitirnos la elaboración de una primera aproximación hacia su biografía, más de corte conceptual y menos existencial, pues como es sabido, AMLO es un personaje que, al ser un *zoon politikón* que vive en y para el poder, difícilmente se podría entrevistar sin objeciones de su parte, para caminar por las arenas movedizas de sus contradicciones, errores y “delitos” políticos. De hecho, este es uno de los problemas metodológicos relevantes en los esfuerzos de aproximación académica a las figuras políticas, ya que la autocensura y la autopercepción que tienen frente a lo que hicieron —en general, positiva y con una abierta política de cancelación del pasado—, los empuja a suprimir eventos y procesos “difíciles” donde terminaron envueltos en la polémica, y a censurar o desviar la atención del interlocutor al terreno donde se sienten más cómodos y donde lucirán mejor.

Pero de manera indirecta, esa biografía conceptual podría enriquecerse si la complementamos con las obras que el presidente ha escrito,

y que no son pocas, donde ofrece sus ideas políticas en torno al país, su historia y sus problemas. Que estas ideas sean consistentes o no, es otra discusión, lo relevante es el develamiento del lugar de habla que ha construido en la vida nacional desde hace poco más de treinta años, que es a un tiempo “pragmática” y “biográfica”.

Al respecto, Guillermo Osorno describe la actuación del presidente del siguiente modo:

En su veta programática, expone sus ideas sobre la importancia de devolverle al Estado un papel en la conducción de la economía, el fortalecimiento del mercado interno y la disminución de la desigualdad; habla de la movilización social como arma de negociación; traza una política social que pone especial atención a grupos vulnerables, como los viejos y las madres solteras; muestra sus nociones de la historia de México en las que la República Restaurada y el cardenismo desempeñan el papel de faros políticos, y enseña su preocupación sobre la corrupción, capturada por un pequeño grupo de políticos y empresarios que se han coludido [...] En su veta biográfica, sus libros cuentan su experiencia como discípulo del poeta Carlos Pellicer, delegado del Instituto Nacional Indigenista de su estado, coordinador de campaña de Enrique González Pedrero para la gubernatura de Tabasco y líder del PRI local, de donde es removido por crear comités de base independientes a las estructuras tradicionales del partido (Osorno, 2018, p. 418).

A ello, también habría que sumarle las centenas de horas grabadas de sus conferencias mañaneras, así como sus discursos públicos que pronuncia en ocasión de una inauguración, un acuerdo político, una gira de trabajo, un festejo, etcétera, que es una fuente de primera mano rica en elementos conceptuales y políticos para el estudio de su liderazgo, por más reiterativos y letárgicos que sean sus conferencias. Que sea él quien escriba los discursos, o alguien más, es secundario, lo importante es que en ese corpus amalgama el ideario que justifica su acción y los medios que usa para lograrlo.

LA VISIÓN PRAGMÁTICA VERSUS LA VISIÓN NORMATIVA

Si nos atenemos a la hipótesis de que el populismo es uno de los rasgos definitorios del régimen político posrevolucionario y que su declinación autoritaria es consecuencia de él, ya que erige un sistema de cohesión basado en la desmovilización —en ocasiones llamada “movilización desde arriba”— y la dependencia por parte de los sectores sociales que terminan subordinados de manera vertical al poder político, podríamos sostener que en el caso de AMLO, algunos de los mecanismos de integración que ha puesto en marcha son la retórica antagonista que produce la identificación de un adentro y un afuera del espacio político. Es decir, produce una ficción política identitaria entre quienes son los partidarios de su movimiento y quienes los adversarios por combatir en el campo de la opinión pública, en el de las redes sociales, y en el de la política partidista a través del Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA), un partido personal organizado como una máquina política clásica que ha funcionado exitosamente en los turnos electorales recientes. en efecto, MORENA es una máquina política que utiliza los medios a su alcance para ganar elecciones, con independencia de la probidad moral y legal de sus candidatos/as —como sucedió con la declinación de Félix Salgado Macedonio a la candidatura al gobierno del estado de Guerrero, que fue cedida a su hija, o el de Clara Luz Flores en Nuevo León, señalada por sus vínculos con la secta NXIVM, comandada por Keith Raniere, que a la postre perdería la elección frente a Samuel García, de Movimiento Ciudadano (MC)—, la procedencia de los recursos que inyecten a las campañas, o las propuestas de gobierno, estructuradas como cortinas de humo que mezclan un paternalismo innegociable con la potencia movilizadora parapetada en el furor celebratorio de la escansión electoral de 2018, que deviene el *mythomoteur* de la llamada Cuarta Transformación o “4T”.

En términos de política simbólica, estaríamos hablando de una suerte de “goce” fundacional que cubre todo el cimiento y el horizonte de la política obradorista, ya que la elección de 2018 es pensada por el presidente, MORENA y sus seguidores, como una auténtica “revolución

nacional vía las urnas”, que abreva de un empecinamiento histórico, el de AMLO y el de sus operadores, que pone de manifiesto una “impermeabilidad” del presidente frente a las críticas o los dislates de su administración, basada en una profunda convicción e “intuición moral” (Mejía Madrid, 2018, pp. 12-13).

Por otro lado, y a pesar del pesimismo crítico que ha vertido sobre el presidente, el antropólogo Roger Bartra acierta al decir que por el número de votos que obtuvo MORENA y AMLO en las elecciones de 2018, en México se vivió una “mutación” de gran calado (Bartra, 2021, p. 43). Este parteaguas puede ser leído como un auténtico golpe de coyuntura que pasa solo una vez en la historia. De aquí, que se viva a través de su fantasma, porque es sabido que MORENA difícilmente logrará otro pico electoral igual. Asimismo, confirma el hecho de que la política es una marcha inexorable hacia un porvenir no adivinable, pues la contingencia que lo anuncia, y que es irreversible, puede ser domesticada solo de manera parcial.

En AMLO, y por extensión, en su partido, lo que con frecuencia llama la atención es el entredicho que abren entre medios y fines, por ello el estudio de los discursos pronunciados cobra relevancia. Sin duda, la justicia social es un fin en sí mismo, incuestionable y necesario, pero los medios para alcanzarlo, en este caso se vuelven cuestionables, ya que la apuesta es lograrlo mediante la pretensión de hacer tabula rasa de las instituciones y de los procesos administrativos y sociales que conlleva (González de Alba, 2007, p. 52). Así vistas las cosas, el dilema que esto implica es entre la visión pragmática y la visión normativa de la política. Por lo demás, este entredicho profundiza uno de los rasgos recientes que están presentes en algunas formaciones autodefinidas de izquierda, como en España o Argentina, del “y tú más”, que significa “el contentarse con no ser peor que el adversario” (Franzé, 2022, p. 257).

En el caso mexicano, el presidente ha señalado en infinidad de ocasiones el problema de la corrupción galopante de los sexenios precedentes, el despilfarro de los recursos públicos, simbolizados en los casos del ex

director de Pemex, Emilio Lozoya y los sobornos de Odebrecht, o el del Alonso Ancira, dueño de la empresa Altos Hornos de México, acusado de vender a Pemex la planta de Agro Nitrogenados en Veracruz a un sobreprecio de 200 millones de dólares, y que a pesar de ser indiciados judicialmente, ambos viven hoy cómodamente en sus residencias. Estos grandes escándalos han servido para llamar la atención de la opinión pública, pero son poco o nada efectivos para seguir las rutas de los sobornos y desvíos de recursos, así como de las triangulaciones internacionales que se especula fueron realizadas durante la administración, entre 2012-2018, del presidente Enrique Peña Nieto (Bartra, 2021, pp. 125-127).

Sin embargo, los problemas de la corrupción subsisten en el tiempo presente, a lo que debemos agregar los casos en los que ha estado involucrado el círculo más cercano a AMLO, como el de su hermano incómodo que sableaba a quién se le pusiera enfrente para inyectar dinero al movimiento obradorista (Bartra, 2021), o el de sus hijos, que en redes sociales nos hemos enterado de que siguen un estilo de vida de lujo y derroche, contrariando al padre en aquello de la austeridad republicana. Y no es una excepción en la administración federal actual, es un síndrome ya presente cuando fue Jefe de Gobierno de la Ciudad de México, entre los años 2000 y 2005, donde su secretario de Finanzas, Gustavo Ponce, fue grabado en un video cuando se divertía en Las Vegas con el dinero de las arcas de la capital del país, al tiempo que René Bejarano, actor principal de los llamados videoescándalos, se llenaba torpemente las bolsas de su saco con fajos de dólares, luego de una visita de “cortesía” a la oficina del empresario Carlos Ahumada, uno de los financiadores más consistentes en las campañas de medio término de casi la mitad de los entonces candidatos a delegados de la capital. Después aparecería otro video que mostraba al entonces delegado de Tlalpan, Carlos Ímaz, recibiendo una cuantiosa suma de dinero de Ahumada. Lo que en ese momento reveló el *affaire* era un sistema de corrupción a alta velocidad, creado al cobijo de una parte importante de la élite del PRD, el partido del gobierno de AMLO en la capital, y cuya especificidad, en tanto mecánica de corrupción, estaba supeditada a la posibilidad de licitar y contratar a algunas de las empresas de Ahumada para la puesta en marcha de obra pública en la

ciudad. Quien le abrió la puerta a Carlos Ahumada a la licitación de obras de infraestructura y al financiamiento de las campañas políticas locales, fue Rosario Robles, en su paso como jefa de gobierno en 1999, cuando sustituyó a Cuauhtémoc Cárdenas, quien se postuló a la presidencia de la república en las elecciones federales de 2000 (Monge, 2004). De los llamados videoescándalos en 2004 abreva la antipatía entre AMLO y Rosario Robles, que pasó más de la mitad de la administración obradorista en prisión preventiva —y hoy en libertad— por su presunta responsabilidad en la llamada “estafa maestra”, que significó un desvío de recursos de 400 millones de dólares durante el sexenio pasado.

Esta situación sugiere que no existe escapatoria ideológica del tipo “aquellos fueron peores que nosotros”, porque nunca se regresa al pasado, aunque este último sí roce continuamente el presente, y si es invocado con frecuencia, es precisamente por un deseo de colocarse en una suerte de tierra prometida por conquistar, donde pasado y presente son relevantes para la operación de escapar de sus huellas. La promesa es un esfuerzo metonímico por la materialización de la proposición populista, que una vez lanzada al espacio político que la enmarca, es realizable en un régimen de historicidad “archi-mítico”, con un pie en el tiempo presente y con el otro pie empeñado en caminar aprisa hacia delante, aunque cada paso que se realice en ocasiones sea una aventura que siempre regresa al pasado, corroborando esa concepción cíclica de la historia.

Asimismo, la brecha que inaugura la distancia entre amigos y enemigos, lejos de ser un divorcio en el interior de la sociedad mexicana como lo advierten en reiteradas ocasiones los críticos a su gobierno, pues el divorcio era ya una función latente en la sociedad mexicana, hoy se revela como una función manifiesta. Pero era una realidad desde que asumió la jefatura de gobierno de la Ciudad de México, colocando en el centro de su discurso el mecanismo de “llevarle la contra a todos” en cualquier ángulo o sugerencia, lo que ha terminado por sacar de sus casillas hasta a los más pacientes (González de Alba, 2007, p. 26). Este rasgo acentuó la “bipolaridad” constitutiva del presidente, que desde aquellos días como gobernante de la capital del país hicieron de él un personaje que,

“para algunos, se convirtió en el cínico izquierdista que estaba rodeado de gente corrupta y sentía poco apego por la ley; para otros, se volvió una figura épica, que se enfrentaba a una oligarquía corrupta que se quería perpetuar en el poder” (Osorno, 2018, p. 417).

Por su parte, sus aliados expresan una lealtad política que los emparenta con la disciplina de partido de la época dorada del priismo, pero también con la de la izquierda ortodoxa, que siempre se llevó mal con los heréticos que surgían en sus filas, y que no se agota en los años sesenta o setenta del siglo pasado, va mucho más atrás, quizá llega hasta mediados de los años cuarenta, cuando el PRI se vuelve el amo indiscutible de la política, de la nación, de sus recursos, y de lo que se le pusiera enfrente, pero en general es también una reminiscencia, lejana si se quiere, de la Gran Política del siglo XX, que es realista en sus propósitos: quienes se mueven un poco, son desplazados por completo; quienes se quedan quietos, terminan petrificados por la *routine* carismática del Poder Ejecutivo, que seduce por su cara bifronte, oscilante entre el rol de víctima de la persecución de los “poderosos”, y el de verdugo de las causas progresistas en el país, lo que confirma el *trade-off* intrínseco a su proyecto político: toda ventaja produce sus contrarios.

La exigencia de disciplina es retribuida con la confianza que el presidente tiene en sus principales operadores políticos, hoy en puestos claves del Estado. Esta forma de concebir la lealtad, lo ha llevado a pedir los servicios políticos de personajes impresentables como Manuel Bartlett Díaz, el arquitecto del fraude electoral de 1988, pero un nacionalista obcecado que ha peleado, codo a codo, con figuras como el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas y López Obrador, por la no privatización de la electricidad desde finales del siglo pasado (González de Alba, 2007, p. 59). O colocar en otros puestos a personajes como Marcelo Ebrard, cercano a Manuel Camacho Solís, cuando ambos formaban parte del equipo de Salinas de Gortari. O a Claudia Sheibaum, arquitecta de los segundos pisos durante la administración de AMLO en la capital. Y la lista sigue: Bertha Luján, ex presidenta del Consejo Nacional de Morena, contralora de AMLO en el gobierno de la capital, y madre de la actual

titular de la Secretaría de Gobernación, María Luisa Alcaine, Dolores Padierna, hoy candidata a un escaño en la Cámara de Diputados, Martí Bartres, encargado actual del despacho de gobierno de la capital, René Bejarano, señalado como uno de los principales operadores de la Secretaría de Bienestar en la administración obradorista, quien fue uno de los impulsores de la candidatura de AMLO para el gobierno de la Ciudad de México en el 2000, además de ser su coordinador de campaña en esas elecciones, y quien había “desarrollado una estructura propia”, lo que le abriría la puerta en la administración obradorista como uno de sus principales operadores políticos, al llegar como encargado de la secretaría particular (Osorno, 2018, pp. 412, 426).

Otro elemento que ha producido un cortocircuito en la política nacional es el de la dignificación de las clases sin poder, interpretada como “una suerte de irrupción plebeya” (Illades, 2019, p. 78). La restitución de un espacio amplio en la vida política del país ha significado una reconversión del menosprecio, el paso de la invisibilización a la visibilización de las clases sin poder, conjugadas en un “deseo de reconocimiento” colectivo que se concretiza cuando esa expectativa de los excluidos “roza” lo real, aquí y ahora, de la experiencia democrática (Mejía Madrid, 2018, p. 27). El mecanismo ya había sido ensayado durante la administración de la Ciudad de México, cuando puso en marcha una serie de programas sociales, donde destaca el programa de pensión alimenticia para los adultos mayores a través de la Secretaría de Salud local, entonces a cargo de Asa Cristina Laurell, que fue un hit en la política social de la ciudad y que marca el interés de AMLO sobre las clases sin poder, ya que otorga “cierta independencia y dignidad a gente que normalmente se considera una carga para la familia” (Osorno, 2018, p. 429).

En este proceso, además se profundizó el debate sobre las bases históricas y simbólicas del racismo, el clasismo y la discriminación dentro de la sociedad mexicana, sea por color de piel, posición económica, oficio o profesión, grupo étnico de pertenencia, etcétera. Un debate que venía desarrollándose previo al triunfo de AMLO,² pero ha crecido su polemi-

2 Véase Navarrete (2016).

zación a partir de 2018. Con ello, logramos atisbar una quiebra parcial del carácter paradigmático de la ley de la filiación de la política mexicana, ya que coloca en primer plano aquel viejo principio de la democracia moderna: en la democracia juegan los *con* poder y los *sin* poder en el mismo tablero. Esto es, participan los herederos y los sin herencia, clases propietarias y clases peligrosas son parte del mismo espacio político, aunque unos quieran conservar el *statu quo*, y los otros derribarlo. Esta paradoja ya había sido advertida por Raymond Aron cuando decía que “La buena democracia es aquella donde el poder político no está por completo en manos de los privilegiados, pero tampoco en manos de los enemigos jurados de éstos” (1999, p. 128).

Asimismo, la figura de AMLO es un *enigma* que introduce un elemento nuevo y “disonante” en el campo de los liderazgos presidenciales mexicanos, ya que su estilo muestra una vocación genuina por la política, articulada alrededor de una noción teológica de servicio de tintes acaso paulinos, que siempre pide sacrificios, como ganar poco dinero y trabajar mucho, lo que revela una faceta de *workaholic* pertinaz, redundante en su larga marcha hacia el vértice del poder. Su simpleza, franca y exasperante, es un “misterio” que exige ser descifrado (Bartra, 2021, p. 23).

Su convicción por la política lo han empujado a recorrer diariamente el país una y otra vez, haciendo política a ras de suelo, para lo cual es necesario renunciar a los placeres mundanos, presente en su política prohibicionista y en la desacralización de los rituales frívolos, característicos de la clase política mexicana del “Señor presidente”, del “Señor secretario”, del “Estimado senador”, del “Honorable diputado”, que detesta pero los utiliza sin empacho. Esta vocación opera como el momento trascendental de su quehacer político. Su complemento es la dinámica conflictual que utiliza el escarnio público a diario sobre aquellos que juzga, con o sin razón, como rivales, y deviene el momento inmanente de su actuación. La sección semanal que tiene en sus conferencias mañaneras acerca de “Quién es quién en las mentiras” en las redes sociales es ilustrativa, porque en ella pretende desenmascarar las mentiras, o las verdades a medias, de la oposición, en un juego de poder

que, en realidad, pretende no darle ningún espacio de acción a la oposición, al deslegitimar sistemáticamente sus posiciones y objeciones, una estrategia que ya había ensayado en su paso por la jefatura de gobierno de la capital del país (González de Alba, 2007, p. 28).

La mofa que hace de la oposición lo ha llevado a la creación de un clima de envilecimiento de la vida pública. “La sorna para tratar al adversario, la burla sin reserva”, advertía González de Alba (2007, p. 28) hace casi veinte años, son el sello de la casa. Pero también, el uso del escarnio público es una sonoridad cáustica que conecta la irreverencia de las maneras populares de torcer el poder —Michel de Certeau hablaba de las tácticas cotidianas de oposición y resistencia al poder—, con la adoración por parte de sus seguidores y sin condiciones de las reliquias en las que descansa el nuevo poder, y que, fingiendo obediencia y consideración, labran un juego de espejos que desfigura el lugar donde la teatralización se desenvuelve. Si la risa era una auténtica arma política en la cultura mexicana del siglo XX, donde Cantinflas, Tin Tán, Palillo, Resortes, el Piporro o Héctor Suárez padre, hacían las veces de altavoces de las clases sin poder del país mediante la cábula, la blasfemia, el pitorreo, el tono burlón del pelado, la crítica al poder, la ironía melancólica de nuestra democracia adopta su concretización en la ridiculización como una de las bellas artes de la política nacional actual (Bartra, 2021, p. 23).

En suma, concluir que AMLO es un provocador es superfluo, porque su credo es el de la erección simbólica del Uno y no el de la invención de la heterogeneidad. Es decir, prefiere la consolidación estática de la identidad a la fluidez de la diferencia.

A esta situación se le agrega la expansión del egotismo perverso de personajes cercanos al presidente como Alejandro Gertz Manero, titular de la Fiscalía General de la República (FGR), o el de la titular del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (Conahcyt), Elena Álvarez-Buylla Roces, que han llevado el menosprecio, la improvisación y la indiferencia a rango de política de Estado. La conducción de la justicia y la ciencia respectivamente han sido erráticas y mediocres desde

muchos puntos de vista, pero sobre todo cuando han generado una serie de controversias, el primero, alrededor de la privatización de la Fiscalía, confirmando el uso político del Estado de derecho como arma política, pero también han llegado al campo de la política simbólica, cuando el narcisismo del fiscal general lo empujó a exigir su incorporación al Sistema Nacional de Investigadores (SIN), a sabiendas de que él nunca ha sido investigador. El hecho de que escriba libros no lo autoriza como investigador, además algunos de ellos, como se ha mostrado, fueron plagiados de otros libros. El uso del Consejo Nacional para la Prevención de la Discriminación (Conapred), con tintes de legitimación, donde se sostuvo que luego de diez años, el Fiscal fue discriminado en sus reiterados y fallidos intentos por ingresar al SNI, sosteniendo que sí había sido discriminado, banaliza los fines para los que fue creado, ya que los poderosos no pueden argüir que sufren discriminación en nuestro país, pues por eso son poderosos. Es como sostener, y que cada vez es más común en ciertos sectores sociales, de que en nuestro país se ejerce sistemáticamente racismo invertido por el hecho de ser de tez blanca privilegiada.

En el caso de la titular de Conahcyt, su desempeño al frente del principal órgano de la ciencia del Estado queda a deber mucho, ya que el Conahcyt es usado de modo faccioso, ayudando a los investigadores próximos al obradorismo como John Ackermann, ampliamente beneficiado por el Conahcyt de la 4T, expulsando de las comisiones dictaminadoras a investigadores críticos, y sustituyéndolos por otros que exigen a sus pares aquello de lo que carecen, retrasando pagos a los investigadores nacionales, cancelando becas, destituyendo directores y persiguiendo centros de investigación, como ha sucedido con el Centro de Investigación y Docencia Económica (CIDE).

En ambos casos, la lista de exabruptos es larga, pero lo que es claro es que donde peor se ha desempeñado institucionalmente el obradorismo es en el campo de la procuración e impartición de justicia y en el de la educación y la ciencia. Por ejemplo, el problema con los desaparecidos sigue pendiente, así como el de los feminicidios, y junto con estos, la cuestión de los nuevos feminismos, que han sido colocados como movi-

mientos “no legítimos”. Por su parte, en el terreno científico, el debate sobre la precarización del profesorado, tanto de los que tienen plazas universitarias como de aquellos que están contratados por asignaturas, no se ha hecho esperar. A los primeros se les señala como privilegiados frente a los segundos, y a estos últimos se les promete mejoras que nunca llegan, porque depende de una reforma profunda al mercado laboral académico, del aumento de los recursos a las universidades y de la cancelación de la compra-venta de plazas por afinidad política o intelectual, que es un vicio que pervive desde hace décadas dentro de las universidades públicas.

En la dinámica comunicativa de AMLO, no hay día o semana en la cual no aparezca una confrontación, por un lado, entre grupos de una oposición política que por su parte está completamente atomizada y perdida desde el punto de vista partidista, pero también desde el punto de vista ideológico, frente a su gobierno. Seguir el ritmo de esta dinámica es cansado, sobre todo porque su administración insiste una y otra vez es que los clivajes en los cuales el poder se sustentaba “antes” cambiaron profundamente.

En efecto, los juegos de poder cambiaron, pero con ese cambio de velocidad, lo que también cambió fueron las posiciones de los actores, comenzando con las de AMLO, que es un remanente del populismo histórico mexicano de los años setenta, pero más del que construyó Salinas de Gortari hacia finales de la década siguiente, donde comunicación y pragmatismo son indisociables.

Al respecto, el caso del Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol) en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari es interesante. Este programa otorgaba insumos básicos a los tres sectores menos protegidos socialmente de la población (pobres urbanos, campesinos y pueblos indígenas), pero además tuvo la pretensión de abrir una brecha irrevocable entre la clase dirigente tradicional y la tecnocracia a través del señalamiento de la poca capacidad de respuesta que tuvieron por mucho tiempo la “vieja” clase política —se entiende que alude al populismo de los setenta— para atender las demandas de los más pobres del país

y, al mismo tiempo, le permite a Salinas desplazar y personalizar el techo de su legitimidad para la construcción de una base de apoyo social distinta a la que le podía ofrecer su partido (Fox, 1994, pp. 151-184). Es decir, Pronasol funcionaba como una auténtica estructura de partido —paralela, por cierto, al partido oficial— dirigida por el Poder Ejecutivo y menos como un programa social de gobierno.

La falta de coincidencia es debida a un recambio generacional de la élite dirigente del país, pero también es consecuencia de tres factores que fueron los principales problemas por resolver en el accidentado inicio del sexenio de Salinas de Gortari. El primero, la escisión del PRI a causa de la salida de prominentes personajes encabezados por Cuauhtémoc Cárdenas en 1987, acción calificada “de populista por el presidente De la Madrid”, ya que “expresaba las naturales resistencias de sectores atrasados y tradicionalistas (léase rurales) de la población, ante los cambios estructurales que promovía la fracción modernizante de la burocracia política pública” (Leal, 1990, p. 30). El segundo, la devaluación de ese mismo año y, tercero, la opacidad en el conteo y entrega de los resultados electorales de 1988, que dio materia para provocar una serie de argumentaciones acerca de la existencia de un fraude electoral (Castañeda, 1999, p. 268).

A diferencia de las estructuras clientelares tradicionales, la construcción de un circuito capilar a nivel nacional desarrollado bajo los Comités de Solidaridad, incentivó un tipo excepcional de participación activa de los marginados en el mejoramiento “potencial” de sus condiciones de vida. En este sentido, se podía hablar de la creación de mecanismos de clientelismo modernizado que pretendieron romper —en algunos casos con relativo éxito— con la ineficacia del poder político local y con el total descontrol del dinero público a nivel estatal y municipal. Sin embargo, detrás del discurso de la modernización económica y la “liberalización política”, Pronasol rápidamente se aproximó a la fundación de una nueva república de los subsidios, en efecto, precarizada por el desgajamiento económico que venía de los años setenta, pero que no era otra cosa que “la respuesta” funcional a ese desgajamiento. Es decir, vamos de una

república expansiva de los subsidios, lograda en el periodo de más amplia cobertura institucional de las desigualdades y su consecuente reducción —“nuestros gloriosos treinta”—, a una república subsidiada, inelástica y selectiva, que finalizó en la institución de una república de los privilegios, y no de los derechos y su necesaria expansión a través de su constitucionalización, proceso que era más acorde con el fenómeno de la liberalización política en dirección democrática que tenía lugar en nuestro país en aquel momento (Casar, 2010, pp. 43, 51).

Hoy viven en el olvido los comerciales televisivos que Salinas realizó como forma de propaganda y legitimación, donde la estrategia del Pronasol es colocada en todos los rincones del país. Veamos algunos ejemplos.

El primero, el comercial “A la palabra”:

Vénganse a comer,

—Qué bien va la siembra, ¿cómo le hiciste? Yo me acuerdo que hasta te querías ir al otro lado...

—Trabajando Manuel, trabajando...

—ehhhhh.

—¡Palabra Manuel!, confiaron en nuestra palabra... El año pasado no nos alcanzaba, para colmo, hubo helada.

—¿Y entonces?

—Nos unimos en *Solidaridad* y nos dieron crédito, y fue a la palabra.

—¿A poco lo vas a pagar?

—Claro. La palabra es la palabra. Además, la lana que regresamos queda en un fondo para obras y proyectos, en beneficio de nuestra comunidad y de nuestros hijos...

—¡Papá, papá! Dice mi mamá que palabra que, si no se apuran, se quedan sin comer...

Una voz en *off* remata: “*Solidaridad*, unidos para progresar”.³

3 El comercial está disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=hyxm-pHCGsNk>

Segundo ejemplo, el comercial “Pasante de ingeniero”:

—¡Venga, vamos, eso tiene que quedar muy bien sellado! No, no, no, a ver, para”, dice el personaje que dirige una obra hidráulica en medio de una calle.

Tres niños se acercan a la zanja donde los trabajadores están colocando una tubería. Uno de ellos pregunta:

—“Oiga, ¿usted es el ingeniero?”

—No, ahorita soy pasante de ingeniero”.

Otro niño le sigue:

—“¿Y por qué está aquí?”

—Por *solidaridad*. Es la respuesta de nosotros los pasantes a nuestra gente”.

Otra vez uno de los niños pregunta:

—“Oiga, ¿y cuánto gana?”

—Ahora *Solidaridad* nos da becas a los futuros profesionistas, para que hagamos nuestro servicio social”.

Vuelven a la carga otro niño:

—“¿Y nada más?”

Es interpelado por el primer niño:

—“¡Cállate! que estoy hablando con él”.

El pasante de ingeniero responde:

—“No, además ayudamos de manera efectiva a quien más lo necesita. Porque trabajando unidos podemos progresar”.

Luego, el pasante se dirige a uno de los trabajadores:

—“Bien Jorge, ahora sí que te quedó muy bien”.

El primer niño vuelve a la carga:

—“Oiga, ¿sabe qué voy a ser cuando sea grande?”

—No, ¿dime qué vas a ser?

—Pasante de ingeniero.

—Ja ja ja. ¿y tú?

—Yo, pasante de ingeniero.

—Ah muy bien ingenieros...”

Una voz en off remata: “*Solidaridad*, unidos para progresar”.⁴

4 El comercial está disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=eU7JJE03np8>

Es evidente la introducción de un tufo religioso a partir de la ayuda al desvalido, la fe en la palabra simple y llana, el discurso de las becas, que en un “loop” ideológico regresa una y otra vez a la ficción de la unidad como cimiento de la “gran transformación” que, en la puesta en marcha del Pronasol por el salinismo, tiene algunos tintes de clara impronta maoísta. En ese entonces, el poder de la comunicación visual es ya una herramienta poderosa para la extensión del ideario salinista, que coloca a la *plebs* —la escenografía de los comerciales es reveladora— en el centro de la política, al grado de que fue admirado y soportado por una parte de la clase intelectual mexicana. Este fue un modelo de comunicación inédito que apenas estaba despuntando, y que, por ejemplo, en los años noventa perfecciona un personaje como Silvio Berlusconi en Italia, o Donald Trump en Estados Unidos en años más recientes.

Así, AMLO corona un estilo híbrido entre política “a la palabra” y religión política, dando lugar a la constitución de un “llamado”, que es el significado de la palabra vocación a partir de su declinación weberiana de *Beruf*,⁵ a que la política sea la palanca salvífica de aquellos males irreductibles que perviven en la sociedad mexicana desde hace décadas como la degradación moral, traducible en una pérdida de los valores de la familia binaria, el anhelo por el redescubrimiento de la grandeza de la nación y su historia, así como colocar al sentido común en el centro de su discurso, una herramienta poderosísima en las manos de AMLO: va del “no me parece”, “son los conservadores”, a la instrumentalización de la enorme estima que tiene de sí mismo, y que lo empuja a responder a todas horas a todo, tenga o no razón, ya que para él no es posible guardar silencio (2007, 2021).⁶

El resultado es la construcción de un proyecto de nación que pretende “santificar” a la política, y dignificar su actividad a través de la desestruc-

5 Como saben los lectores de Max Weber, la conferencia clásica de este autor sobre la política como vocación fue pensada para identificar el nacimiento de la Gran Política del siglo XX. Véase Weber (1986).

6 Esta práctica ya había sido advertida hace tiempo por González de Alba (2007, p. 55), también Bartra (2021, p. 178 y ss).

turación de una parte importante de la base institucional y legal previamente establecida en el país. Quizá sea cierta la intuición de un observador que no vivió lo suficiente para observar su desempeño en el gobierno federal actual, pero que escribió páginas excepcionales sobre él: AMLO es un “abismo” incolmable, como lo es cualquier religión, que muestra una y otra vez su alergia a los límites de la ley, real y simbólica, y que al desconocerlos confirma el enorme vacío y falta de respeto a la autoridad que pervive en el país desde hace décadas (González de Alba, 2007, p. 144).

La seducción que su figura produce dentro del espectro político mexicano y latinoamericano, aún está por ser explicada, así como también tiene que ser explicado el impacto que su administración ha tenido a partir de la integración de una fusión de muchas confluencias. Por un lado, está compuesta por un movimiento social genuino que organizó desde hace 20 años, y que lo colocó como el líder natural de la oposición frente al Partido Acción Nacional (PAN) y al PRI, si atendemos que ese movimiento lo comenzó cuando estuvo a cargo de la Ciudad de México (Osorno, 2018, p. 434). Por el otro, está el peregrinaje institucional que viene de mediados de los noventa del siglo pasado, donde estuvo siempre acompañado de aquellos que llama sus compañeros de viaje, cuando logra colocarse en el vértice del Partido de la Revolución Democrática (PRD), que es el trampolín que le ayuda a entrar en la política de la capital del país, después le permite ganar la jefatura de gobierno de la Ciudad de México en el 2000, y termina con la fundación de Morena en 2011, que es la concretización institucional de su movimiento.

Aunado a estos dos momentos, hay que agregar la articulación que generó con algunas orillas de las viejas élites políticas, ya que no rompió del todo con ellas, antes bien, las refuncionalizó con el establecimiento de diversas alianzas con algunos de los más grandes grupos empresariales del país, y con sectores con influencia en el terreno económico, social y político, como los medios de comunicación que, antes de su llegada al poder, estaban completamente volcados en derribarlo a cualquier costo.

Al respecto, véanse los casos de los dueños de las dos principales televisoras mexicanas, Televisa y TV Azteca, que hoy se pasean sin em-

pacho al lado del presidente. De hecho, el primer titular de la Secretaría de Educación Pública de la administración de AMLO, fue Esteban Moctezuma, un personaje cercano a la cúpula de TV Azteca. De este modo, sostiene Bartra (2021, p. 36), que “La retórica antineoliberal dejó de espantar a muchos y las televisoras privadas cambiaron su actitud hacia el líder populista”. La querrela deja de lado su rostro ideológico, y es sustituido por la divergencia pragmática, es decir, por las diferencias sobre los medios para alcanzar los fines deseados.

FIN DE RÉGIMEN Y DEMOCRACIA TUMULTUARIA

Esa mescolanza ha creado un laboratorio político desde el comienzo de su administración, donde su presencia destaca exponencialmente, pues tiene una rara capacidad de ubicuidad: está en todos lados y en ninguno. Es el clivaje alrededor del que se dirime la política del Estado, sus políticas públicas y la redistribución de sus recursos. AMLO utiliza un modelo de comunicación política directo, compuesto por sus conferencias mañaneras, así como sus gestos cotidianos, propios de un republicanismo plebeyo, que dan la idea de una proximidad con cualquiera, rompiendo jerarquías y formalidades, pero creando nuevas relaciones de dominación y poder. En ocasiones se olvida que sin poder y dominación no existe política, a pesar de la reificación continua del derribamiento de sus barreras. Todo ello resulta cierto para que su mensaje llegue a los oídos de los sectores sociales a los que les dirige sus palabras, entre otros, aquellas gruesas capas de algunos de los sectores más desfavorecidos socialmente, que lo siguen sin cortapisas a donde sea.

Si bien su discurso es circular, beligerante y políticamente incorrecto, logra siempre un efecto performativo que causa tsunamis cotidianos en la opinión pública de manera continua. Esta peculiaridad es significativa, ya que, en general, cuando se alude a la utilización de un discurso circular, de inmediato se puede llegar a pensar en el discurso delirante del psicótico, o en el discurso del suicida, aunque también está presente en el de aquellos que han pasado una experiencia traumática. Sin embargo, en el caso del presidente, opera un cambio, sutil y

significativo, porque su discurso está basado en la exacerbación de las contradicciones del desarrollo político del país en las décadas pasadas, con lo que ha logrado colocarse en los márgenes de ese sistema, pero sin jamás salirse de él. Su estrategia política de plegarse en las periferias internas del sistema se ha diluido gradualmente, al grado de terminar acomodándose en el centro conforme va consolidando una forma de hacer política inédita, aun cuando en muchos sentidos sea abiertamente autoritaria. En este sentido, no es un representante de la antipolítica, como lo es Trump, pero sí de la institución de un republicanismo plebeyo que contrapone la *plebs* al *populus*, decantándose por la primera figura, y sustituyendo una estructuralidad, la que él inventa como su *ancien régime*, por otra que se escuda bajo la égida de la 4T, convencido de la necesidad y urgencia de un proyecto alternativo de nación.

La redundancia obradorista con relación a que el neoliberalismo es el *ancien régime* y, por lo tanto, es el enemigo acéfalo por derrocar, ha funcionado con éxito. No importa qué entienden los sectores sociales a los que les habla por neoliberalismo, eso es insustancial. Es suficiente ahondar la retórica sobre las negativas secuelas que ese periodo provocó para el país. En el peor de los casos, y no es un dato anecdótico, que al neoliberalismo se le cuelguen todas las desgracias, propias y ajenas, confirma un punto que ya había sido señalado hace casi veinte años de su estilo: en vez de “citar las ideas contrarias”, en este caso, qué es lo que podría figurarse como radicalmente diferente pero esperablemente mejor al neoliberalismo, ya que lo que está en juego es la concreción de la abstracta idea del “bien común”, prefiere delinearla a partir de la caricatura que construye sobre el fenómeno (González de Alba, 2007, p. 63), y que tiene su punto más alto, o dicho de manera general en esta lectura, su origen, en el proyecto político de Salinas de Gortari. El neoliberalismo se ha vuelto una matriz poderosa, que en ocasiones se presenta bajo la forma de la “mafia en el poder”, en otras, encarna el clasismo de los “fifís”, o es desplegado en epítomes como el de los tecnócratas, los pirruris, los burgueses, los privilegiados (Bartra, 2021, p. 77 y ss). Para el obradorismo, el neoliberalismo funciona como un “significante vacío” que puede liberar la potencialidad política necesaria para el acaparamiento de la disputa pública por el rumbo del país.

Todo ello a pesar de que la conducción de su política económica tampoco se ha salido por completo de los parámetros de aquel enemigo borroso. Por ello, en el terreno ideológico, no es posible alcanzar una definición precisa de lo que se pretende con la 4T. Lo que sí tenemos en el terreno social es una serie de políticas asistencialistas de corte regresivo que ha puesto en marcha su administración, y que pueden ser calificadas como políticas compensatorias, pero no progresistas. Sin embargo, es un hecho que ayudan para subsistir el día a día de los sectores sociales más marginados del desarrollo económico nacional, donde en ese universo cotidiano, la pobreza deja de ser un simple marcador numérico, y comienza a mirarse en el dolor que provoca en el cuerpo, en la psique y en el estómago. Esto es, sin esos recursos, por escasos y simbólicos que sean, miles de familias estarían en una situación aún más precarizada, y el alivio que representa es, sin duda, uno de los ejes transversales de su política social, porque supone un reconocimiento simbólico de que los mexicanos más pobres son actores importantes para el vértice del Estado (Bartra, 2021, p. 98).

En el momento en que AMLO toma las riendas del país, México estaba en un momento crítico, por lo que ha tenido que atender varios problemas nacionales de manera urgente. Quizá su llegada al poder deba ser interpretada como un despresurizador de varios de los males que aquejaban a la sociedad mexicana —y que siguen calando hondo en ella. Piénsese, por ejemplo, el problema endémico con el crimen organizado —ejecuciones, cobro de piso, secuestros, trasiego de estupefacientes, personas, armas—, cuya presencia va en aumento en vez de reducirse, a pesar de los empeños obstinados del presidente por militarizar el país como paliativo a la situación, contrario a la promesa que hizo durante su campaña de desmilitarizarlo. Su fe ciega en las fuerzas armadas es pavorosa, pero también preocupa la manera ambigua, tardía y desdeñosa, de enfrentar el fenómeno sistemático de las desapariciones de personas, que en lo que va de su administración ha crecido a tal punto que se coloca como un problema que rebasa cualquier justificación moral o política. Además, está la captura de áreas fundamentales

del Estado por parte de los grupos empresariales que se comportaban y aún hoy se comportan como grupos mafiosos que, gracias a su estrecha relación con las administraciones federales en turno, en términos de su cercanía con sus respectivos titulares del poder ejecutivo, obtuvieron y obtienen una serie de beneficios fiscales, pero también en términos de negocios con el Estado, consolidando una forma clásica de capitalismo político, donde el Estado mexicano termina siendo la principal agencia de negocios para la clase empresarial del país.

Al ser la cuarta administración federal de la alternancia, en muchos sentidos la *hybris* del obradorismo también es deudora de la izquierda histórica mexicana, particularmente de aquella que sale del movimiento estudiantil de 68, así como de los movimientos sociales de los años sesenta y setenta, y de la oposición partidista que gravitaba alrededor del Partido Comunista Mexicano. Basta escuchar su discurso de cierre de campaña, pronunciado en el Estadio Azteca, a finales de junio de 2018, para darnos una idea de la genealogía que pretende condensar en su movimiento. Esta adherencia a la izquierda le sirve como base de legitimación intelectual y cultural, y además le permitió en su momento atraer a sectores sociales que han visto pasar sus mejores años de lucha social diluidos por la hegemonía partidista.

Finalmente, la explicación del ascenso de AMLO hay que buscarla en la especificidad de la transición política y de la democratización mexicana, que llegó por el carril de la derecha. Como se sabe, los dos primeros gobiernos después de la transición a la democracia en México, fueron encabezados por personajes que salieron del PAN, Vicente Fox Quezada y Felipe Calderón Hinojosa, para luego observar el regreso del viejo PRI, en manos de Enrique Peña Nieto. En este sentido, es posible sugerir que AMLO es un producto de la forma que adoptó el proceso político posterior a la alternancia en el país.

Este dinamismo, que por momentos resbala en las arenas movedizas de un estilo caótico de gobernar, puede resultar fascinante para el estudio de las permanencias y sobre todo de las rupturas en las dinámicas

del poder en la democracia mexicana. Hoy, es posible confirmar que el poder ya no lo tienen solo las élites, se encuentra disperso, incluso fragmentado. Tal vez esta radicalización es la que ha dejado estupefactos a diversos sectores sociales, comenzando por aquellos letrados, que adolecen de flexibilidad e interés por comprender la innovación política que el acontecimiento está manifestando, y terminan criticando los efectos que causa, no las articulaciones nuevas que origina, pese a que no toda forma de innovación en política es progresista *per se*. En otras palabras, el populismo obradorista es un denso bucle dionisiaco, no una forma apolínea, con lo que complejiza toda la arena en la que tiene lugar el desarrollo político del país, siendo este un buen punto de partida para el análisis de su actuación: lo más simple es siempre lo más complejo.

Es evidente que puede resultar difícil de entender, y mucho más de ser aceptado, sobre todo por los efectos que produce en el terreno inmediato, ya que son causados por las tensiones entre los distintos actores que le disputan el poder a AMLO y a su partido, en el régimen de la comunicación, campo hacia donde se han dirigido y donde se dirimen una parte importante de las controversias entre opositores y partidarios de AMLO.

La oposición al movimiento de AMLO, tanto en la pista cultural e intelectual, en la disputa partidista, como en el terreno económico y empresarial, no ha logrado la estructuración de una opción política que compita en contra de la opción obradorista. Se encuentra perdida en la seducción que provocan las redes sociales y los medios de comunicación, mostrándose acomodaticia. Voluntarista y autorreferencial, sigue convencida de la fuerza de los desplegados, las declaraciones públicas y, en particular, el golpeteo cotidiano y las protestas “masivas” en el ágora virtual, así como en ciertas expresiones, como aquella de la vacuidad de las tiendas de campaña del Frente Nacional Anti-AMLO, que pretende contrarrestar el poder territorial del gobierno actual. Los síntomas de su malestar llegan al terreno legislativo, donde la oposición camina ciega y trasnochada, con la excepción del episodio de la reforma eléctrica que no deja de ser, a todas luces, un triunfo pírrico.

En realidad, debieron aprender de AMLO, para atreverse a organizar y poner en acto acciones sistemáticas de desobediencia civil, como aquellas célebres que el presidente encabezó en su larga marcha de la política local a la nacional, y que inicia en 1991, con el “Éxodo por la democracia” de Tabasco a la capital del país, cuando exigía la limpieza de las elecciones en algunos municipios tabasqueños. Por ejemplo, para ciertos sectores vinculados al PAN, el rechazo de ir a votar en la consulta sobre revocación de mandato de 2022, fue interpretado como un acto, decían, “genuino” de desobediencia civil, al llamarla “desobediencia pasiva” (*sic*), cuando toda desobediencia civil es activa o no es.

CONCLUSIONES

Como queda claro en el marco de las controversias que ha suscitado su gobierno, López Obrador es un personaje que no es del agrado de ciertos sectores sociales, académicos e intelectuales, con cierta influencia social y política, aunque la coyuntura electoral de 2018 confirmó la total irrelevancia de esos sectores en las preferencias políticas de los mexicanos, que quedan como una “minoría minorizada”. AMLO es un personaje que no termina de agradar a las élites porque no es, para usar las palabras de Pierre Bourdieu (2013), un *heredero*. Es decir, no tiene un pasado estructurado en las altas esferas del poder mexicano priísta, aunque actúe como priísta. Mucho menos en las élites regionales, y, además, es ajeno a las élites culturales tradicionales mexicanas. Es un personaje que inventó su genealogía, casi un *self made man*. Jesús Silva Herzog (2018), en un artículo publicado en el periódico *El País* en los días previos a la elección de julio de 2018, sentenciaba que AMLO: “No es hijo del centro sino de la periferia. Más bien, es hijo de la periferia de la periferia. Se hizo, literalmente, sobre la marcha”.

La sugerencia de que López Obrador es un “regreso” al pasado es una clave de lectura interesante (Bartra, 2021), pero pierde de vista la carga de innovación que su victoria abre para el desarrollo político de la democracia mexicana, ya que la consideración de que AMLO es la expresión de una continuidad de ese pasado, expresa un profundo des-

conocimiento de la composición social actual del país, que se traduce, entre otras cosas, en un corto circuito entre representación y representantes, porque los partidos políticos que hoy tenemos no han podido, con excepción de MORENA, actualizar su oferta política, con lo que se quedan atrás del proceso de cambio cultural que se está viviendo en el país. En esta perspectiva, se sostiene que es una regresión, semejante al gobierno que encabezó Luis Echeverría Álvarez o el de José López Portillo, caracterizados como la época “dorada” del populismo dilapidador mexicano. Con mucha probabilidad este juicio apresurado es “más una fobia que un temor razonable” (Bravo Regidor y Espíndola Mata, 2018). Me parece que la introducción de esta “falsa familiaridad” pretende ir al encuentro de una forma disimulada frente al carácter tumultuario del republicanismo plebeyo del obradorismo, que además sirva como paliativo a la pérdida del *locus* del poder en la política y cultura mexicanas. Más aún, cuando la caída estrepitosa de los múltiples acuerdos intra-élite que, en el pasado reciente, estuvieron coronados en el “Pacto por México”, no lograron responder acertadamente a los desafíos que lo político convocaba un contexto de rápido cambio social, cultural y político. En este contexto, la idea de falsa familiaridad es pertinente, en la medida de que señala la incapacidad de preguntarse si es posible o no tener la competencia para obtener las claves que abran esa realidad social que tiene al desvalido como su personaje principal, y que está custodiada por una serie de códigos de acceso que la custodian férreamente, y de esta manera poder descifrar la singularidad espacio-temporal del fenómeno que no coinciden con el principio temporal individual, es decir, es asimétrico al lugar de habla del sujeto que supone que AMLO y el obradorismo son un simple regreso autoritario a un pasado que solo vive en la memoria de aquel que lo señala.⁷

La figura de Andrés Manuel López Obrador puede ser interpretada como el punto más alto de la nueva configuración del escenario público-político mexicano. No debe llamar a engaño su estilo y estridencia. En el ambiente cultural y político como el mexicano, soportado en ideologías etéreas propias del siglo XXI, y que son más volátiles que las del

7 La idea de falsa familiaridad es de Bourdieu (2000, pp. 458-469).

siglo XX, es un personaje que se adapta de modo eficaz con la velocidad y la indiferenciación de una época llena de banalidad, improvisación, objetualidad, cirugías estéticas, bótox, una fiebre irrefrenable por el lujo, y por si fuera poco enamorada de aquello que el filósofo italiano Mario Perniola (1998) intuyó tempranamente como uno de los rasgos centrales de la sociedad del siglo XXI: el *sex appeal* de lo inorgánico.

Con una situación de este tipo, no es posible el surgimiento de un proyecto más alto y mejor a lo que nos ofrecen los partidos políticos, viejos y nuevos. Mientras el narcisismo sea el caballo de batalla de los políticos profesionales, así como de aquellos diletantes que enarbolan la bandera de la improvisación, tanto en su vertiente de políticos electos como en la de los designados, y mientras el personal político, con independencia de la filiación partidista que profesan, siga convencido que la política no es otra cosa que el lucimiento personal y el revoloteo egocrático, podremos seguir en la dirección ya establecida desde el final de la transición a la democracia: arando el vacío.

REFERENCIAS

- Aron, R. (1999). *Introducción a la filosofía política. Democracia y revolución*. Paidós.
- Bartra, R. (2021). *Regreso a la jaula. El fracaso de López Obrador*. Debate.
- Bourdieu, P. (2000). La génesis social de la mirada. En P. Bourdieu. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2013). *La nobleza de Estado. Educación de élite y espíritu de cuerpo*. Siglo XXI editores.
- Bravo Regidor, C., y J. Espíndola Mata (2018). El peligro populista como autorretrato liberal. *Letras Libres*, 240. Disponible en: <https://www.lettraslibres.com/mexico/revista/el-peligro-populista-como-autorretrato-liberal>
- Casar, M. A. (2010). Cien años de política. En M. Amparo Casar y G. González (eds.). *México 2010. El juicio del siglo*. Taurus.
- Castañeda, J. (1999). *La herencia. Arqueología de la sucesión presidencial en México*. Alfaguara.
- Córdova, A. (2003). *La ideología de la Revolución Mexicana*. ERA.
- Fox, J. (1994). The Difficult Transition from Clientelism to Citizenship. Lessons from Mexico. *World Politics*, 46(2).

- Franzé, J. (2022). Antiguos nuevos problemas: la deuda social de la democracia argentina. *Estancias. Revista de Investigación en Derecho y Ciencias Sociales*, 2(3).
- González de Alba, L. (2007). *AML0. La construcción de un liderazgo fascinante*. Cal y Arena.
- Illades, C. (2019). *Vuelta a la izquierda. La cuarta transformación en México: del despotismo oligárquico a la tiranía de la mayoría*. Océano.
- Leal, J. F. (1990). Hacia una teoría explicativa del populismo mexicano. *Estudios políticos*, 1.
- Mejía Madrid, F. (2018). *Crónica de la victoria*. Temas de Hoy.
- Monge, R. (2004). *El Tango de Ahumada. Su vida, sus negocios y sus mujeres*. Grijalbo-Proceso.
- Navarrete, F. (2016). *Alfabeto del racismo mexicano*. Malpaso.
- Osorno, G. (2018). Andrés Manuel López Obrador (Distrito Federal, PRD, 2000-2005). Entre la movilización y el gobierno. En A. Paxman (coord.). *Los gobernadores. Caciques del pasado y del presente*. Grijalbo.
- Perniola, M. (1998). *El sex appeal de lo inorgánico*. Trama.
- Perniola, M. (2009). El 68 mexicano: nacidos para ser vencidos, no para negociar. *Revista de Occidente*, 332.
- Silva Herzog, J. (2018). La tenacidad de López Obrador. *El país*, 27 de junio. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2018/06/26/opinion/1530025526_050081.html
- Weber, M. (1986). *El político y el científico*. Alianza.